

ENCUENTROS EN VERINES 2003

Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

APUNTES PARA UNA CONFERENCIA

Juan Farias Díaz-Noriega

La literatura es una corriente, un “ácido” encargado de una evolución. Sin la mitología no habría Alicia, sin Alicia no habría Egor Sanza. Kafka es subsidiario de Carroll, lo absurdo se fue haciendo con su lógica definitiva. Stanislav Lem, ese genio polaco, no hubiera sido posible sin Kafka, sin Kafka no tendríamos El Vacío Perfecto.

La casualidad ha hecho que algunas obras literarias entren en la historia, sean parte de la cultura universal. Llamamos literatura clásica a la que ha trascendido, a la que disfruta de un conocimiento masivo o selectivo.

A veces puede ser un producto comercial, producto, a su vez. de las editoriales y de la crítica.

La crítica a veces es honesta, a veces se compra, a veces sólo presume.

Las editoriales invierten y tratan de obtener beneficios.

Tengo mi propia ley que hace que un libro sea una obra maestra o termine en la papelera sin respeto alguno a la opinión de los demás.

Una obra maestra lo es por su efecto en mi paladar, por mi apreciación personal.

Soy yo quien determina si un libro tiene cabida en mi biblioteca, si le debo algo y mi admiración.

El gusto personal, la interpretación personal es quien selecciona los títulos de tu biblioteca.

Y aún más: tu criterio a la hora de seleccionar te define psicológicamente, cuenta tus temores, tus dudas; explica tus acciones, tus preferencias, tus vicios; te marca como te marca la huella de tu pulgar.

Y no hay dos iguales.

Al principio, antes, mucho antes, cuando empezaron a gustarme los libros, cuando ya sabía lo que iba a ser de mayor, quería tener una gran biblioteca, una

biblioteca enorme, como la de mister Higgins, con una escalera rodante para poder alcanzar los estantes más altos, eso y una pipa de ámbar.

Compré libros, robé libros, heredé libros, presumía de tener libros, pero uno no lee gratis, no vive gratis, a uno con el paso del tiempo, se le define el paladar, aprende a no beber etiquetas sino caldos, un día empieza a no importarle la denominación de origen.

Tengo una biblioteca curiosa, importante si se ve desde la puerta.

Tengo un almacén de libros.

Ya sé que algunos libros no los leeré mañana. No me va a dar tiempo; los muertos ya lo saben todo, o nada, a lo mejor no hay nada que saber. Los muertos puede que se aburran muchísimo. En las tumbas no hay lámparas de mesilla, ni relojes, ni llega el correo.

Algunos libros los he leído tantas veces que casi me los sé de memoria. Y esos son los importantes, mis imprescindibles.

Así, fui soldado, marinero, estudiante; me afeito cuando me acuerdo, soporto bien que el tipo de mi banco, un buen tipo, se empeñe en que administre lo poco que tengo, a veces poco, a veces menos.

Antes quería ser rico.

Ahora sé que lo daría todo por un beso, por no sentirme solo.

Ahora empiezo a saber que soy, quien soy, que de alguna forma el camino mereció la pena.

Mi padre me enseñó a crecer, a no tener razón, a no tenerle miedo a la mar, ni a la soledad, que tarde o temprano se llega a una orilla donde el aire, limpio de todo y de ti mismo, se deja respirar.

Otra vez vamos a decir, a decidir, a discutir.

Vamos a hablar de literatura infantil, juvenil, de literatura.

Un buen pretexto para tomar unos culines de sidra.

Hablaremos de literatura iniciática, pedagógica, de la conveniencia de dar mensajes, seguros de que la literatura es importante.

Lo pasaremos bien, convencidos, a priori, de que quien tenga el uso de la palabra si no está de acuerdo con nuestro punto de vista, no sabe lo que dice.

El ser humano es así. Somos así.

Me doy cuenta de que los años me han traído al límite de la edad correosa, de que aún y por poco tiempo, soy adulto, de que aún creo saber lo que digo.

Si, estoy en el límite de la audacia, pero presiento, y eso ya es algo, que va a empezar mi camino hacia la sabiduría, que es anciana y, con mucha frecuencia, se encoge de hombros.

Literatura juvenil, infantil, de “ositos”, de piratas, negra, de adultos, educativa, pediátrica, terapéutica, formativa, deformativa, bucólica, heroica, erótica...

Podemos, puestos a ello, hacer un listado inmenso, clasificar lo inclasificable, quedarnos tan anchos, hacer afirmaciones y negarlas, sentirnos cultos, ser trascendentes.

La literatura es una mar sin orillas, mar abierta, *sin límites*, en la que se entra para quedar a merced de los vientos, donde cada ocasión es diferente, donde no hay ley, donde zarpar implica el riesgo de no poder regresar a puerto.

A veces, clasificar es ponerle puertas al viento, bozales al viento.

Bien, no sé lo que es un libro infantil, ni juvenil, ni de adultos, no sé lo que es un adulto y tampoco sé lo que es un niño.

Le pregunto a dos o tres diccionarios, cuatro o cinco pedagogos, a un sereno, le pregunto a la Enciclopedia Británica, que lo sabe todo, les pregunto a D’Alambert y a Diderot, y sigo preguntándome que es un niño.

¿Qué es literatura?

La literatura, eso que muere cuando se convierte en mera disciplina académica, en asignatura, cuando se encasilla, la literatura, ese viento que se apaga cuando se convierte en huerto de críticos, eso que no se hace importante por los lectores, que son quienes deciden su “inmortalidad”, sino por los críticos, los estudiosos, los semanales dedicados a la cultura, el miedo a decir “no”, a explicar ese “NO” con natural sinceridad; decir, por ejemplo, que algo no te gusta porque tiene mucho ajo y decirlo sin pedantería.

Me hago viejo, pierdo la vergüenza (que con la edad se pierde) ya me atrevo a hacer a un lado cualquier inmortalidad por la simple razón de que no me gusta como cuenta lo que cuenta.

No me importa la época, ni el autor, ni el editor. A la hora de leer, soy el señor de mi tiempo, de mis emociones, de mi moral, de mis afectos, yo determino si lo que leo tiene valor, si es literatura. Es literatura porque es libre, fue *creada en libertad*, es diferente, anárquica.

Como la belleza, no tiene canon.

A mí, por ejemplo, me gustan achaparraditas y regordetas, a mí me gustan las “Tres Gracias” de Tiziano, ligeramente celulíticas, vivas, a punto de juerguearse en el pajar más próximo. No me gustan las Venus clásicas, seguras de su belleza, frías, para ser adoradas.

En libertad no caben reglas.

Para que algo sea bello tiene que parecerme bello, por que yo soy el centro de mi “universo”, un sitio muy especial, desde mi ego se miden las distancias al alma de los otros, se calibra el color, el calor y la forma, se define, se estima o se rechaza, es la libertad en libertad.

Llegados a este punto, a la conciencia de ser libres, al inconformismo de no hacer caso al consejo de los adultos y obedecer el consejo de los ancianos que, pasada la esclavitud de la madurez vuelven a estar vivos, libres de profetas de un futuro donde nadie va a reírse si no aprueban ortografía y todo eso, sin que ningún lápiz de corregir corrija a tu imaginación.

La libertad es una de las grandes perseguidas.

La libertad siempre se opone a algo establecido.

Es la sustancia de la que están hechos los héroes.

Si ser libre no fuese un delito, si ser libres no supusiese un riesgo, no habría nacido Guillermo Brown, ni Peter Pan, ni Jim Hawkins, ni Huckleberry Finn, sin libertad Alicia no hubiera pasado al otro lado del espejo y los cuentos, ni siquiera el latazo de los pedagógicos, no existirían, a la filosofía le iría mal, nadie hubiera sacado los pies del plato, todas las acciones estarían dentro de una ortodoxia aburrida, vivir iba a ser sólo un bostezo.

En literatura, quizá lo más importante no sea el autor sino el lector.

Y hay un determinante que altera el mensaje escrito, la intención de lo escrito, igual que la luz cambia el paisaje.

Galicia en un día de lluvia es una, con sol es otra.

El estado de ánimo de quien lee cambia el efecto de la lectura, nuestras experiencias personales, el barrio en que vivimos, nuestra economía, etc., un amplio etc., también son determinantes.

Entré en la literatura con la ayuda de alguna pierna rota, alguna gripe y algún empacho de brevas. Eran tiempos de pasar los males en cama, a fuerza de agua de limón, dietas blandas y todo eso. Mi médico de cabecera, un buen hombre, con boina y zuecas, médico de muchos años, sabía que lo que se cura con reposo y

agua, que la fiebre que no baja sola, que se resiste al paño de algodón empapado en alcohol, apunta a que necesita más conocimientos.

Pasé mis males dedicados a la lectura. Así entre en la literatura juvenil y tuve suerte. Una de aquellas tardes me encontré a John Silver sentado en la almohada. Con otros, me acompañó siempre. Me dejó explicado que un personaje, para ser verdad, incluso para ser un santo, ha de estar formado por el bien y el mal y, a ser posible, con una pata de palo y un loro en el hombro, un loro viejo y por viejo también sabio.

Yo ya sabía que John Silver el Largo era admirable antes de saber quien era su padre, mucho antes de que me lo dijese Borges, antes de nacer Italo Calvino, antes de que se les ocurriera pensar en el Bompiani.

En este oficio, si es oficio esto de las letras y los libros, se miente mucho. A mi edad, si hubiera leído un libro diario no hubiera leído arriba de los 20.000 y eso sin relecturas, a toda prisa, habiendo empezado antes del destete y dejado muy poco tiempo, o ninguno, para las mareas, las intrascendencias, los besos y todas esas cosas que hacen que la vida merezca la pena, mirar por la ventanilla, hablar con un desconocido, dejarte seducir por una mujer, todas lecturas importantes que si no te detienes en ellas el tiempo justo, si no lees esas páginas, la vida no te marca y si la vida no te marca no sé para que has nacido.

Del mismo modo, llevamos cientos de años, miles, empeñados en la interpretación de la Biblia, se la ha tratado palabra a palabra, de coma a coma, ha sido culpable, su interpretación sigue siendo el origen de religiones, guerras, cismas, concilios, ha separado países, razas, y sigue, pide ingenuidad y buena fe, pero de eso hay poco.

La Biblia, sin notas a pie de página, es una lectura apasionante.

En ella, las estrellas, los peces, la noche y el día, salen como de una fantástica chistera.

La vida y la muerte se entrecruzan; se escenifican los Siete Pecados Capitales, que son la esencia dramática de casi todo y de Shakespeare, contiene desde la épica más aparatosa a la más delicada exposición erótica, se abren los mares, se vence a los gigantes, se derriban los templos, se levantan los héroes, se humilla a los malvados.

Es un libro escrito para gente que apenas sabía leer, pero despertó a los “filósofos”, a los “teólogos”, a los “complicadores”, a los “verdugos”.

Por otra parte, estudiando los orígenes de los libros y de todas las cosas, no nos llevamos ninguna sorpresa.

Todo empezó en una tarde. La literatura empieza en un relato, antes de descubrir el fuego. El relato habitó en la memoria de un ser primitivo.

Contar, fantasear, mentir sobre las propias experiencias fue, sin lugar a dudas, compañero de los descansos, en el fondo de las cuevas.

La literatura es tan antigua como el hombre.

Bueno, esto ya lo saben todos, somos estudiosos de este oficio.

Por regla general se escribe desde la infancia o la adolescencia, desde la primera juventud, desde los primeros deseos. Es curioso como ya de viejos recordamos secuencias olvidadas, penas, rencores, sexualidades primeras, etc.

Bueno, es mi caso.

Quizá por eso hago literatura y a mi “literatura” la llaman infantil, o juvenil.

Si, sé escribir desde la memoria y el miedo.

El barro siempre es el mismo.

Literatura es modelarlo.

Lo que hacemos nos deleita, lo que escribimos nos deleita.

Hablar de nuestras ilusiones perdidas, decir que quisimos ser piratas, después amantes, después alcaldes, o dueños de todo.

Los primeros relatos fueron la semilla de todo lo que vino después.

Sin Defoe y su historia de la piratería quizá no hubiera habido Stevenson. Harry Potter, sin ser consciente, quizá sea consecuencia de la Leyenda Artúrica y la Leyenda Artúrica quizá lo sea de las Sagas Nórdicas, del Kalevala.

Todo Shakespeare, de alguna forma, ya estaba escrito mucho antes.

Literatura es la forma de contar, no lo que se cuenta.

La vida nos dicta la literatura.

La vida sólo es emocionante cuando se le echa imaginación.

La vida suele ser rutinaria; a veces, dicen, llega a ser deprimente.

La literatura, hacerla, leerla, es una forma de engañar al Tiempo, a la misma Vida.

El camino se hará largo, o corto, según se den los días.

Nadie puede hacer una lectura definitiva de sus horas, definirse en unas memorias o extractar en un currículum, lo cual nunca es verdad.

Cada minuto es distinto al siguiente.

Todo se lee.

Las nubes, los perros, la verdad en los ojos de las personas cuando las personas hablan y casi mejor cuando callan, si quien promete no miente, se lee amor cuando hay amor y está despierto.

También se lee la mar y el que no aprende se ahoga.

Los libros también se leen y en la lectura uno intuye que en su peculiar cultura el autor vio a Moby Dick o se lo inventó, uno descubre la intimidad de quien fue juntando las palabras, como son, o fueron, sus modales, si son verdad sus fantasmas, si cree en Dios o es ateo.

Por la teoría no se llega a la experiencia.

Te explican los problemas que se pueden presentar y como afrontarlos.

Si se te echa encima un perro, tienes que darle con un palo en el hocico, o no hacerle caso, o acariciarle la papada, fijarte si mueve la cola o no tienes que saber leer a los perros.

Leer, leer, siempre leer.

Hay riesgos, es cierto.

Leer los tiene igual que cualquier otro camino.

Es imposible que dos hayamos leído el mismo libro y, aún más, es imposible repetir una lectura.

Drácula, a ejemplo, pasará a través de nuestro estado de ánimo, de nuestro variable concepto del bien y del mal, Drácula, por imitación, ha mandado a más de uno al patíbulo, a clavar estacas de cedro en el corazón de alguien, a que alguien se rompiese la crisma al lanzarse al vacío con la intención de volar hacia la aorta de una bella durmiente, a hablar con el Espíritu de las Tinieblas o que el olor del ajo fresco le produjese un salpullido.

Romeo sólo es Romeo cuando se introduce en nuestra particular experiencia del amor, y por amor, más de uno, se ha bebido la poción del boticario, más de uno se echó al vino, más de uno fracasó en sus negocios, por amor se armó la de Troya y más de uno se encogió de hombros.

En clase de Torrente Ballester (el hombre que leyó 100 Quijotes distintos y siempre el mismo) supe que un texto no se lee, que un texto se *interpreta*.

A cada lectura un libro es otro y distinto, un mismo libro puede ser tantos libros, depende del lector, de sus penas, del paisaje, de que sea feliz o desdichado.

No es lo mismo acercarse a Dulcinea estando enamorado como un colegial, que tropezarse con ella cuando uno ya está desengañado del amor, que desengaña mucho.

Desde antes de levar anclas, la Hispaniola ya era literatura juvenil.

Ahora pretendemos estudiarle, definirla.

Vivimos de eso como de recoger caramujos a la marea baja.

Quizás haya que dejar las cosas como estaban, admitir que la literatura sigue siendo un territorio virgen, enorme, para fortuna de los aficionados, inexplorable, libre, donde no sólo se dice lo que se quiere sino donde también se escucha lo que se quiere, un barco donde el timón no lo lleva el autor sino el lector, un mar abierto sin cartas de navegación, ni brújulas, ni escandallos ensebados.

La calidad y la buena fortuna, cuando no sólo la buena fortuna, ha dado fama y vida a más de uno, más de uno fue rescatado del olvido que jugó de su parte, dejándolo durante años en el fondo de un baúl, y en los anaqueles de la biblioteca de un monasterio, más de uno ardió para siempre en la biblioteca de Alejandría, o en la de Bagdad, en la retirada de Moscú o en la hogueras de la Inquisición, la Europea y la China, que en la China, de siempre, también hubo intolerantes.

Quemar un libro para borrar una idea.

Prohibir viene de antiguo, de antes de la Inquisición.

No hace mucho era la censura política.

Los libros y el fuego son compañeros de viaje.

Ahora, en supuestos tiempos de libertad, interviene la pedagogía, sobre todo en la mal llamada literatura juvenil, infantil, las mismas editoriales actúan de censores, deciden, cuando menos aconsejan edad, cuando no edad y sexo.

La pedagogía, que veces peca de mojigata, no suele admitir que la mar alzada, los temporales del Oeste, enseñan a ser buenos marineros.

Nada es definitivo, y en literatura menos, nadie dice la última palabra, hace la última lectura.

Todo tiene un mismo origen, todo en este mundo, procede de dos constantes, pero las variaciones son infinitas, no hay dos flores iguales más que en el nombre, ni dos hormigas iguales, nada es igual a nada, ni dos lecturas iguales.

Con la lectura de cualquier animalario, o cualquier libro de botánica, uno se asombra.

En la vida de cualquier ser vivo sólo hay dos constantes, el amor y la muerte, esos son los elementos primarios.

Si, sin el amor y la muerte no habría vida, ni literatura, ni pirámides en el desierto, no habría religiones, ni héroes, no habría leyendas, ni gótico, ni románico, ni filosofías, ni Requiems a toda orquesta, ni periódicas Consagraciones de la Primavera.

Y así fue todo, un día me puse a escribir y hasta la fecha. Aparte de darme algunos reales, no muchos, la literatura me echó al camino, a ese libro inmenso. Andándolo llegué a mi edad afortunada y aquí, hoy, a ser breve, a estar impaciente por irme con los amigos, que son todos de buena cosecha, a tomar unas tazas y hablar de lo que fue, de lo que es, de lo que va a ser, de lo que hemos visto y de lo que no veremos por falta de tiempo.